

La danza en el México actual

Desde sacrificio religioso hasta goce absoluto de los cuerpos, el baile es la sal y el pan de la vida de México. Expresión milenaria en todas las fiestas y celebraciones y actividad profesional sometida a las presiones de la política cultural de turno, la danza en México es un fenómeno presente en la vida de todos los mexicanos.

De las comunidades étnicas a los foros más sofisticados, la danza y el baile se encuentran representados en una enorme variedad de géneros, estilos y matices. Su popularidad abarca comunidades rurales, atrios de las iglesias, salones de baile, parques y plazas públicos, espacios universitarios, los de mayor exquisitez y los más inusuales. En un abanico de formas auténticas, híbridas y sincréticas, los aficionados y los artistas profesionales concurren y coinciden en sus espacios.

Danza tradicional original vs danza tradicional escénica: el gran debate

Uno de los grandes atractivos turísticos de México es su danza folklórica: charros, chinas poblanas, hombres valientes al estilo de las películas de Pedro Infante y Jorge Negrete; mujeres muy femeninas y sumisas, pero de gran corazón, a la usanza de Dolores del Río y María Elena Marqués, inundan una buena parte de los principales espacios para la difusión de esta manifestación incluyendo, foros tan importantes como el Palacio de Bellas Artes y la sala Miguel Covarrubias de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

México, cuna de una de las grandes civilizaciones del mundo, país plural por antonomasia, donde 56 grupos étnicos sobreviven todavía, se ha

reducido en la mayoría de las propuestas escénicas folklóricas de la actualidad a unos cuantos montajes de intención espectacular que han sido utilizados con fines oficiales o de comercialización, y que recurren —en una buena parte— a estereotipos limitantes de la diversidad cultural en las tradiciones dancísticas.

Las razones para este proceso adulterado, que conlleva la simplificación de símbolos y signos de las tradiciones danzarias en formas anodinas, son muchas; entre ellas destacan las que se relacionan con el deficiente conocimiento científico de los fenómenos culturales a investigar, y la incapacidad para lograr descifrar de una manera más seria los códigos culturales de una cierta manifestación antropológica.

De igual manera la manipulación ideológica que existe alrededor de este tipo de expresiones no sólo en México sino en el mundo en general, permite tamizar y anular una buena parte de las problemáticas étnicas, las cuales de manera evidente pasan por una situación crítica, como se ha reflejado en la insurrección del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, a partir del 1 de enero de 1994.

Si lo anterior no fuera suficiente, habría que añadir la falta de estudios rigurosos sobre las tradiciones de México en lo que a danza se refiere. Según fuentes especializadas, una buena parte —aproximadamente el 60% de las investigaciones publicadas acerca de las danzas y bailes tradicionales— tienen un enfoque meramente descriptivo¹.

Sin menospreciar el material en existencia, la visión reduccionista que se ha hecho de estas manifestaciones se ha limitado a describir las danzas, el vestuario y la música. Muy pocos han sido los autores que además analizan las variables antropológicas presentes hasta la actualidad.

Destacan algunos estudios comparativos realizados por extranjeros, los cuales han sido de gran importancia; sin embargo, sus alcances y conocimiento a nivel público son bastante limitados. Las ediciones sobre el tema no son muy populares y la falta de un presupuesto que apoye se ha hecho evidente cada vez más.

De esta manera, investigaciones como las publicadas por autores como Arturo Warman y Gabriel Moedano sobresalen por sus alcances y por la seriedad de sus interpretaciones. Pero aun así, el análisis exhaustivo, central, para incorporar de manera plena a las diferentes estructuras político-sociales-ideológicas que rodean al fenómeno de la danza folklórica como base crucial para la definición del problema de la escenificación y el uso oficial que se le da, sigue sin aparecer. Hasta el momento no se ha publicado un verdadero estudio de las danzas tradicionales de México.

En nuestro país la danza folklórica ha sido utilizada y reutilizada desde hace más de un siglo como una forma para supuestamente expresar los

¹ Rodríguez Peña, H. Índice bibliohemerográfico de la danza tradicional mexicana. Dirección de culturas populares. Consejo Nacional para la cultura y las artes, 1989.

grandes ideales de la identidad mexicana, donde precisamente lo «mexicano» se diluye en un estereotipo francamente cursi y ramplón, pero que convence a través de la manipulación ideológica.

El origen del folclor que vemos

El uso de las tradiciones folclóricas en el escenario tiene sus más cercanos antecedentes no en la investigación folclórica antropológica como tal, sino en los fenómenos de género chico llamados «Tandas», los cuales a principios de este siglo, bajo la influencia española y francesa, presentaban revistas cómicas de franca crítica política y un cierto sin recato encantador.

Es ahí, en el teatro de revistas, donde por primera vez se recuperan de algunos bailes y tradiciones mestizas con el afán de reivindicar lo nacional. Lo ritual y profundamente étnico jamás logró llegar a los foros de aquella época.

Aparecen así zarzuelas «mexicanas» donde se recrean los estereotipos que aun hoy en día podemos ver en algunos montajes y donde se definen cuales serán las regiones más favorecidas para su representación: Veracruz, Jalisco y Yucatán. Resistentes al porfiriato y a la Revolución, las tandas significaron una de los movimientos musicales y dancísticos más importantes de México, donde la zarzuela, considerada como la principal herencia musical y dancística de España, enloquecía al público ciudadano.

Con montajes ágiles, susceptibles de ser modificados semana tras semana, los autores presentaban las noticias del día aún antes de que éstas llegaran a los periódicos. Para ello se pasaban componiendo espectáculos de un día para otro. Esa necesidad de renovación de cuadros y bailes es una de las razones por las cuales la recuperación del fenómeno folclórico se convirtió en una verdadera veta de oro.

Sin embargo, y a pesar de su enorme éxito, los llamados «bailables folclóricos» eran considerados como zafios, corrientes y vulgares por una buena parte de la sociedad. No es sino hasta la visita a México de la reconocida bailarina de ballet clásico, Anna Pavlova, quien contratada por los grandes empresarios del país decide aceptar una extraña invitación de las principales tipleas del país al teatro Lírico. En ese escenario se representaba un baile llamado «Jarabe Tapatío», considerado muy popular entre el «pueblo». Se dice que es tal su gusto y entusiasmo que decide llevarlo a lo exquisito de la escenificación depurada del ballet clásico². Interpretado sobre las puntas, el baile tradicional se reivindica y pierde su carácter corriente para convertirse en una forma agradable y tamizada, susceptible de ser disfrutada por la clase media y por la alta burguesía.

² Lavalle, J. El jarabe... el jarabe ranchero o jarabe de Jalisco. Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información de la Danza «José Limón». INBA, 1988.

Mientras tanto, y al igual que sucede ahora, los verdaderos dueños de las tradiciones ni siquiera se enteraban de cómo sus bailes y danzas eran desfigurados, transformados y adulterados para constituirse en simples remedos de las culturas que les dieron origen.

De manera inevitable y al igual que ha venido sucediendo desde la conquista de México por España, miles de danzas y bailes siguen desapareciendo, y los que en la actualidad subsisten lo hacen como reductos de misterioso origen y dudosa interpretación. El fenómeno de lo tradicional persiste el día de hoy al igual que ayer a partir de la autogestión de los grupos que se resisten a los embates de la modernidad con enormes y a veces insuperables dificultades.

El auge de los ballets folclóricos

Con la oficialización cultural que se dio en nuestro país en los años veinte y treinta, el uso de la danza folclórica en la educación primaria, secundaria, preparatoria y universitaria, supuestamente promovió la conservación y preservación de las tradiciones danzarias.

Además, como país del tercer mundo y sin una verdadera tradición de permanencia en las políticas culturales, México ha sufrido desde entonces las diferentes embatidas de los funcionarios de turno, quienes a su libre arbitrio, a veces afortunado y a veces no, han decidido los rumbos culturales del país; en muchas ocasiones lo han hecho con ánimo supuestamente revolucionario, como forma de sustentar los cambios políticos, como forma decorativa y suntuaria para favorecer la imagen pública de los gobernantes, o en el peor de los casos, para manipular indefectiblemente.

En los últimos veinte años la danza tradicional se ha convertido en la forma favorita para reivindicar los ideales del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Quién puede olvidar las recepciones organizadas por María Esther Zuno de Echeverría, esposa de Luis Echeverría, presidente de México de 1970 a 1976, donde su compañía y ella misma interpretaban bailables aprendidos en su famosa academia «Las Palomas», hoy en día desaparecida.

La misma situación se repitió durante el sexenio de Miguel de la Madrid Hurtado, oriundo del estado de Colima, quien decidió promover a la Compañía de Danza Folclórica de la Universidad de Colima, dirigida por Rafael Zamarripa, como la más importante del país. En la actualidad la situación no ha variado de manera fundamental. Todos los ballets folclóricos se parecen, las pugnas entre ellos son muy evidentes y se dirigen casi siempre al derecho de presentarse en los principales foros. Todos, sin